



Rebeca, La galga

Alejandro Miguel

Periodista y Escritor

La galga era desordenada, atropellada, era un proyecto inacabado de perro. Era la más atropellada de todas, se le juntaban las ganas en sus patas y no las podía tener quietas: se metía en los bares, en los negocios, en las casas, en los bancos, donde quiera que uno fuera, la galga se metía con uno. La galga llegaba a las siete de la mañana, como el que llega borracho de pasarse de noches. Golpeando la puerta para entrar, parecía no haber dormido en toda la noche, que había andado errante buscando su alma en esta ciudad de almas perdidas. Uno le abría la puerta y se tiraba en un colchón que ella había adoptado de su propiedad, aunque estaba de uso para todos los perros, y podía dormir horas ahí, interminables horas en las que quizás soñaba con ríos, con lagos, con viejas manadas en sabanas, con las mejores comidas, con los mejores momentos de su vida; o quizás con vidas extrañas que quería habitar. La galga quería matar a mi gata, la corrió tres veces y mi gata las tres veces se salvó porque salió antes, pues desconfía hasta de su sombra, esos reflejos la sacaron de sus dientes y su final. La galga amagaba a atacar a las otras perras, sus amigas, vaya a saber uno por qué, pero últimamente, como quien se crece a sí mismo, lo había dejado de hacer. La galga era mucho tiempo para tan poco perro. La galga temía a la lluvia, con la primera gota salía desesperada como si eso fuese fuego. La galga temía a los truenos, y se metía en cualquier cosa que tuviera un techo, tanto es así que una vez pensé en regalarle un paraguas. La galga amaba comer, ya no era una galga de tan gorda que estaba. Sí, la galga era imperfecta, estaba hecha de las imperfecciones de las que está hecha la materia de la vida.

Sin embargo, la galga era la galga, una presencia constante. Por ejemplo, a la galga no se la podía saludar mientras estaba durmiendo porque se ponía nerviosa y te tiraba tarascones. Pero entendidos esos códigos y mirando más allá, uno encontraba otras cosas en nuestra galga. Por ahí la veía pasar con una pareja y un perrito como

si fuera de ellos, y ellos te decían que la galga siempre los acompañaba a pasear pues era amiga del perrito. De golpe, llegaba con un perro extraño, como quien trae un amigo nuevo a la banda, pues la galga era amiguera. Ahora que no está, buscándola me di cuenta que la galga tenía muchas casas y muchos perros amigos, a todos visitaba y con todos jugaba. Así que quizás la galga no era una sola galga, sino muchas galgas. La galga era mucha galga para tan poca vida. Pero los días más difíciles para mí, en que más triste estaba, más nervioso, más preocupado, o más pobre, era la galga la que me esperaba en la puerta y no se me despegaba de un lado, pues ella sabía de otra cosa, caminar exactamente al lado de una persona como un hermano. Los días más peligrosos, era la galga la que se ponía en la puerta a parar el peligro. Los días más complicados, siempre estaba la galga y se echaba a dormir en su colchón; en la vida no teníamos nada, pero teníamos la energía de la galga. La galga era mucha galga para tan poca vida.

Hace unos días la pisó un auto, no lo vi, solo lo supe. Estaba por dormir la siesta y escuché el golpe del choque y los aullidos. Al principio, muchos no me creían, pero con el correr de los días la galga no volvió a aparecer y era de venir todos los días. Así que, fue hecha la pisada y quizás no sabemos qué pasó, fue ella la que escapó corriendo, quién sabe a dónde con tremendo golpe. Tanto era la galga que ni siquiera tenemos foto de ella, pues no cabría en una foto, así que no podemos buscarla. No era nuestra, era del barrio, pero no era del barrio, era de muchos barrios, así que era de la ciudad.

Ahora esperamos galga que estés bien, y vuelvas algún día, aunque sea un ratito. Sé que pronto regresarás, como quien viene de un viaje.